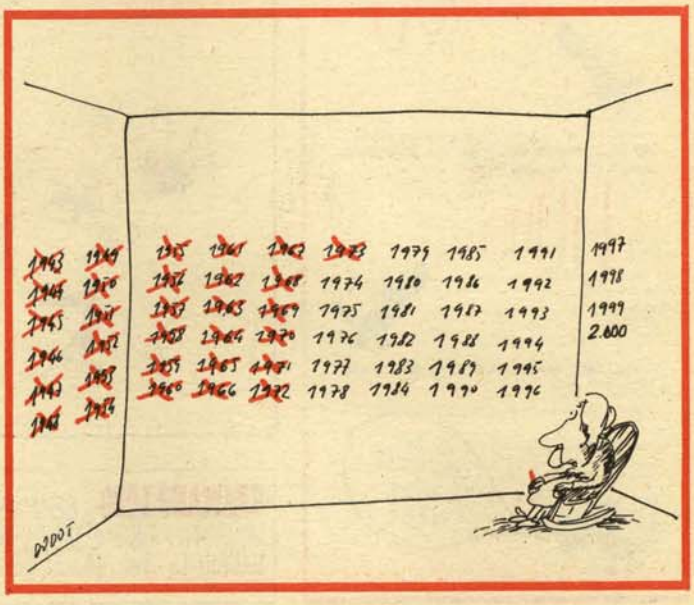
EL TIMO DEL RUSO PREMIADO

El científico soviético Petrov Ivannhijin, expulsado de su patria y acogido por la Universidad de Francfort, donde vive en una casa de campo que le fue obsequiada por la Liga de Defensa de los Derechos del Hombre, ha resultado no ser ruso ni científico. Se trata de un español de cuarenta y cinco años, que había ido a Francia para la vendimia, y que urdió, con otros amigos, lo que ha dado en llamarse el timo del ruso premiado. En efecto, Pedro Cantalapiedra, que este es el nombre del impostor, se trasladó a Finlandia y desde allí pasó a Rusia subrepticiamente. Una vez en Moscú empezó a pegarles patadas a los guardias de la circulación, que al principio no le hacían caso, pero que luego, ante su insistencia, le invitaron a presentarse en la Comisaría, a lo que Pedro Cantalapiedra se negó en nombre de la libertad humana. Los guardias, mientras dirigían la circulación de trineos y viejos automóviles, le sugirieron que redactase un documento con sus quejas, a lo que Cantalapiedra se negó igualmente en nombre de la libertad de expresión. Todo esto fue puesto en conocimiento del Politburó, el cual, ante la sospecha de que Pedro tuviese perturbadas sus facultades mentales, hizo que le condujesen al psiquiatra de guardia de la Seguridad Social rusa, que diagnosticó un principio de desacomodación, redactando el informe correspondiente. Mientras el informe, con las pruebas anexas, recorría el gran circuito burocrático de la Administración soviética, fue copiado ilegalmente por un corresponsal extranjero, redactando una noticia que envió a Europa. El caso adquirió rápidamente en la prensa occidental proporciones inusitadas. El mismo Papa envió una protesta al Kremlin, y los intelectuales franceses, que para esto se pintan solos, redactaron un manifiesto de apoyo a la libertad de la inteligencia. Especialmente calurosas fueron las protestas de los intelectuales españoles, que no podían comprender que la libertad fuese violentada de aquella manera. Las autoridades rusas no sabían qué hacer para despegarse de Cantalapiedra, el cual decía llamarse Petrov Ivannhijin. No quería marcharse de Rusia, ni salir del hospital en que le habían internado, simplemente para su mayor seguridad. La Academia Sueca, basándose en las fantasías y suposiciones de los periodistas europeos que estaban en Moscú, concedió el Nobel a Cantalapiedra, lo que terminó por convencer a los rusos de que verdaderamente habían metido la pata. Cantalapiedra aceptó por fin la invitación a abandonar el país. Se dirigió muy contento al aeropuerto, y mientras subía por la escalerilla del avión, ante numerosos periodistas y fotógrafos, simuló un ataque de nervios y empezó a gritar que no quería salir de su patria, a la que amaba más que a nada en el mundo. En ese momento, y para que no se descalabrase, pues existía el peligro de que cayese a la pista, le hicieron entrar en el avión, hecho que fue interpretado en la prensa occidental como un acto de brutalidad siniestra.

Al cabo de cinco años, pacientes investigaciones han probado que la verdad seguía un camino más fantástico. Hay sospechas de que el timo del ruso premiado no ha sido la primera vez que se ensayaba. Por su parte, los rusos están convencidos que la calificación de timo al suceso que hemos narrado es falsa, y que se trata de una conjura contra la Unión Soviética. ■ **LICANTROPO.**